

El señor Wonka va demasiado lejos

La última vez que vimos a Charlie, éste volaba por encima de su ciudad natal en el gran ascensor de cristal. Apenas un momento antes, el señor Wonka le había dicho que toda la gigantesca y fabulosa fábrica de chocolate era suya, y ahora nuestro pequeño amigo regresaba triunfante con toda su familia para hacerse cargo de ella. Los pasajeros del ascensor —para refrescarles la memoria— eran:

Charlie Bucket, nuestro héroe.

El señor Willy Wonka, fabricante de chocolate extraordinario.

El señor y la señora Bucket, los padres de Charlie.

El abuelo Joe y la abuela Josephine, los padres del señor Bucket.

El abuelo George y la abuela Georgina, los padres de la señora Bucket.

La abuela Josephine, la abuela Georgina y el abuelo George aún seguían en la cama, y ésta había sido empujada a bordo un momento antes de despegar. El abuelo

Joe, como recordarán, se había levantado de la cama para acompañar a Charlie en su visita a la fábrica de chocolate.

El gran ascensor de cristal se hallaba a trescientos metros de altura, deslizándose suavemente. El cielo era de un brillante color azul. Todos los que iban a bordo estaban muy emocionados ante la idea de ir a vivir a la famosa fábrica de chocolate.



El abuelo Joe cantaba.

Charlie
daba brincos.



El señor y la señora Bucket
sonreían por primera vez en mu-
chos años.

Y los tres ancianos en la
cama se miraban sonriendo con
sus rosadas encías desdentadas.



—¿Qué es lo que mantiene en el aire a este endemoniado aparato? —graznó la abuela Josephine.

—Señora —dijo el señor Wonka—, esto ya no es un ascensor. Los ascensores suben y bajan sólo dentro de los edificios. Pero ahora que nos ha hecho subir hasta el cielo, se ha convertido en el GRAN ASCENSOR DE CRISTAL.

—¿Y qué es lo que lo mantiene en el aire?
—preguntó la abuela Josephine.



—Ganchos celestiales —respondió el señor Wonka.

—Me asombra usted.

—Querida señora —dijo el señor Wonka—, todo esto es nuevo para usted. Cuando lleve un poco más de tiempo con nosotros, nada le asombrará.

—Esos ganchos celestiales... —continuó la abuela Josephine—, supongo que dos de sus extremos están enganchados a este aparato, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Y dónde están enganchados los otros dos extremos?

—Cada día me vuelvo más sordo. Por favor, recuérdeme que tengo que llamar a mi médico en cuanto volvamos.

—Charlie —dijo la abuela Josephine—, creo que no confío demasiado en este caballero.

—Yo tampoco —añadió la abuela Georgina—. Es muy evasivo.

Charlie se inclinó sobre la cama y les susurró algo a las dos ancianas.

—Por favor, no lo arruinen todo. El señor Wonka es un hombre fantástico. Es mi amigo. Yo lo quiero.

—Charlie tiene razón —murmuró el abuelo Joe, uniéndose al grupo—. Cállate, Josie, y no nos metas en problemas.

—¡Debemos darnos prisa! —exclamó el señor Wonka—. ¡Tenemos tanto tiempo y tan poco que hacer! ¡No! ¡Esperen! ¡Borren eso! ¡Denle la vuelta! ¡Gracias! Y ahora, ¡volvamos a la fábrica! —gritó, dando una palmada y saltando unos sesenta centímetros en el aire con ambos pies—. ¡Volvamos volando a la fábrica! Pero, antes de bajar, debemos subir. ¡Debemos subir cada vez más arriba!

—¿Qué les dije? —les preguntó la abuela Josephine—. ¡Este hombre está loco!

—Cállate, Josie —el abuelo Joe la reprendió—. El señor Wonka sabe exactamente lo que está haciendo.

—¡Está más loco que una cabra! —exclamó la abuela Georgina.

—¡Tenemos que ir más alto! —el señor Wonka no paraba de gritar—. ¡Tenemos que ir mucho más alto! ¡Sujétense el estómago! —Y apretó un botón café.

El ascensor se agitó convulsivamente y luego, con un tremendo sonido de succión, se elevó verticalmente como

un cohete. Todos se aferraron los unos a los otros y, a medida que el inmenso aparato ganaba velocidad, el rugiente sonido del viento se hacía cada vez más fuerte y cada vez más ensordecedor, hasta que se convirtió en un agudo chillido, y todos se vieron obligados a gritar para hacerse oír.

—¡Deténgalo! —gritó la abuela Josephine—. ¡Joe, oblígalo a detenerlo! ¡Quiero bajarme!

—¡Sálvanos! —chilló la abuela Georgina.

—¡Baje! —le ordenó el abuelo George.

—¡No, no! —el señor Wonka se negó—. ¡Tenemos que subir!

—Pero ¿por qué? —preguntaron todos a la vez—. ¿Por qué subir y no bajar?

—¡Porque cuanto más alto estemos cuando empezemos a bajar, más deprisa iremos cuando choquemos! Debemos ir echando chispas de lo rápido que vayamos cuando choquemos.

—¿Cuando choquemos contra qué? —gritaron todos.

—Contra la fábrica, por supuesto.

—¡Usted debe de estar trastornado! —añadió la abuela Josephine—. ¡Nos haremos pedazos!

—¡Nos estrellaremos como huevos! —dijo la abuela Georgina.

—Ése es un riesgo que tenemos que correr.

—Bromea usted —dijo la abuela Josephine—. Díganos que está bromeando.

—Señora, yo nunca bromeo.

—¡Oh, queridos! —gritó la abuela Georgina—. ¡Nos *lixivaremos* todos y cada uno de nosotros!

—Es lo más seguro —dijo el señor Wonka.

La abuela Josephine dio un grito y desapareció debajo de las sábanas. La abuela Georgina se aferró tan fuertemente al abuelo George que éste cambió de forma. El señor y la señora Bucket se abrazaron, mudos de miedo. Sólo Charlie y el abuelo Joe mantuvieron moderadamente la calma. Conocían mucho mejor al señor Wonka y ya se habían acostumbrado a las sorpresas. Pero a medida que el gran ascensor seguía ascendiendo a toda velocidad, cada vez más lejos de la Tierra, hasta Charlie empezó a ponerse un poco nervioso.

—¡Señor Wonka! —gritó por encima del estruendo—. Lo que no comprendo es por qué tenemos que bajar a una velocidad tan tremenda.

—Mi querido muchacho, si no bajamos a una gran velocidad, jamás conseguiremos atravesar el techo de la fábrica. No es fácil hacer un agujero en un techo tan resistente como ése.

—Pero en el techo ya hay un agujero. Lo hicimos al salir.

—Entonces haremos otro. Dos agujeros son mejor que uno. Cualquiera puede decírtelo.

El gran ascensor de cristal subía cada vez más alto, y no tardaron en ver los países y océanos de la Tierra

extendiéndose debajo de ellos como un mapa. Era todo muy hermoso, pero cuando se está de pie en una plataforma de cristal, mirar hacia abajo puede resultar muy desagradable. Hasta Charlie empezaba a estar asustado. Agarró fuerte la mano del abuelo Joe y lo miró con ansiedad.

—Tengo miedo, abuelo.

El abuelo Joe abrazó a Charlie y lo estrechó contra sí.

—Yo también, Charlie.

—¡Señor Wonka! —gritó Charlie—. ¿No cree que ya subimos lo suficiente?

—Casi, casi. Pero no del todo. No me hablen ahora, por favor. No me molesten. Tengo que vigilarlo todo con mucha atención. Coordinación absoluta, muchacho, eso es lo que necesitamos. ¿Ves este botón verde? Debo apretarlo exactamente en el momento preciso. Si lo hago con un segundo de retraso, subiremos demasiado alto.

—¿Qué ocurre si subimos demasiado alto? —preguntó el abuelo Joe.

—¡Por favor, cállense y dejen que me concentre!

En ese momento la abuela Josephine sacó la cabeza de debajo de las sábanas y miró desde el borde de su cama. A través del suelo de cristal vio América del Norte muchísimos kilómetros más abajo, no más grande que un caramelo.

—Alguien tiene que detener a este maniaco —chilló, y con su arrugada mano, agarró al señor Wonka por la cola de su frac y lo hizo caer sobre la cama.

—¡No, no! —gritó éste, luchando por liberarse—. ¡Suélteme! ¡Tengo cosas que hacer! ¡No moleste al piloto!

—¡Usted está loco! —chilló la abuela Josephine, sacudiendo tanto al señor Wonka que su cabeza se hizo borrosa—. ¡Llévenos a casa inmediatamente!

—¡Suélteme! ¡Tengo que apretar ese botón o subiremos demasiado! ¡Suélteme! ¡Suélteme!

Pero la abuela Josephine no lo soltó.

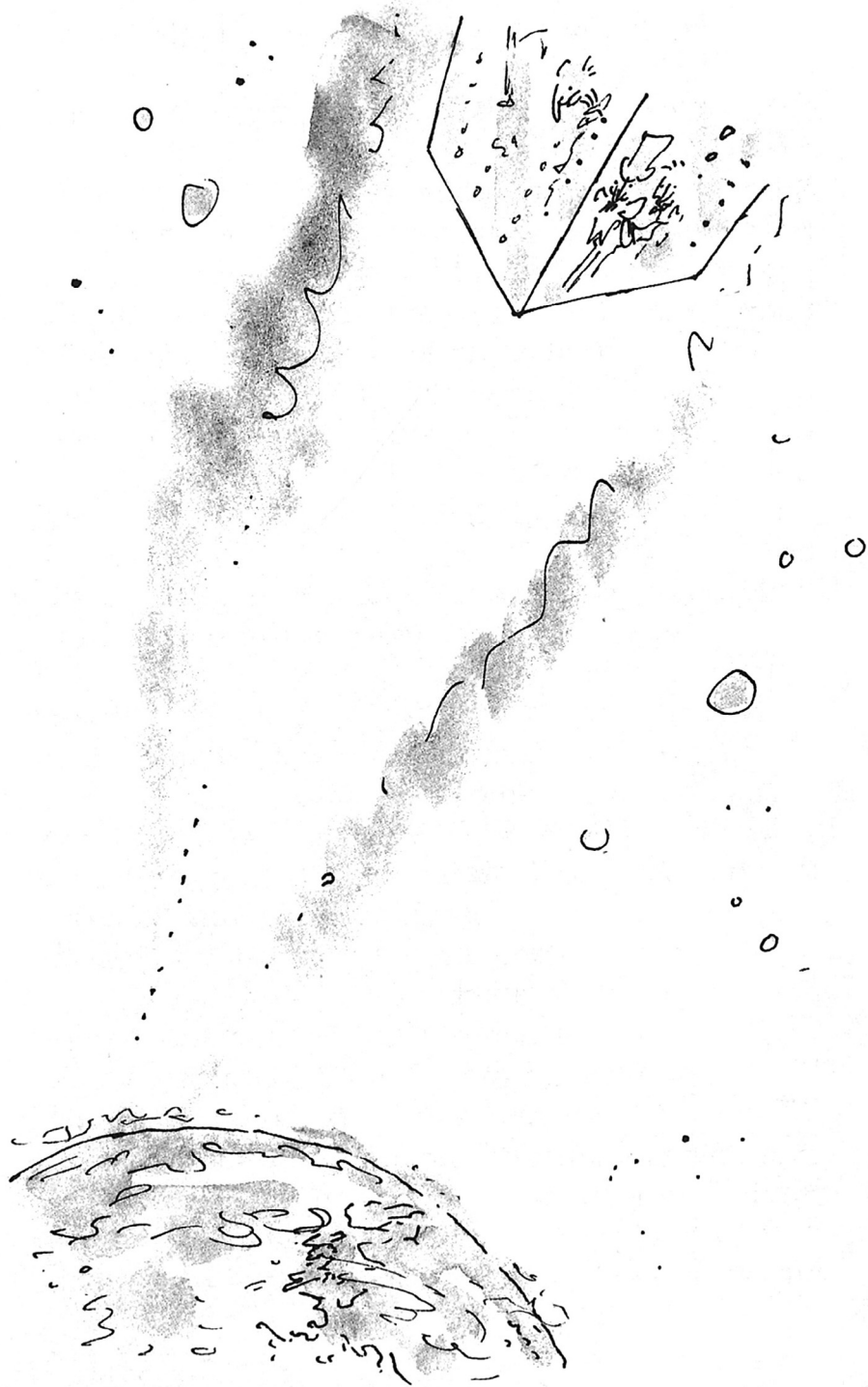
—¡Charlie! —gritó el señor Wonka—. ¡Aprieta el botón! ¡El verde! ¡Deprisa, deprisa!

Charlie dio un salto y apretó con todas sus fuerzas el botón verde. Pero al hacerlo el ascensor lanzó un poderoso gemido y se acostó sobre un costado, y al ensordecedor sonido del viento le sucedió un silencio ominoso.

—¡Demasiado tarde! —gritó el señor Wonka—. ¡Oh, Dios mío, estamos perdidos!

Mientras hablaba, la cama, con los tres viejos dentro y el señor Wonka encima, se elevó suavemente del suelo y se quedó suspendida en el aire. Charlie, el abuelo Joe y el señor y la señora Bucket también empezaron a flotar hacia arriba, de modo que en menos que canta un gallo la familia completa, además de la cama, estaban suspendidos como globos de gas en el interior del gran ascensor de cristal.

—¡Y ahora mire lo que hizo! —dijo flotando el señor Wonka.



—¿Qué pasó? —exclamó la abuela Josephine. Había salido flotando de la cama y se balanceaba en camisón cerca del techo.

—¿Hemos ido demasiado lejos? —preguntó Charlie.

—¿Demasiado lejos? —gritó el señor Wonka—. ¡Ya lo creo que fuimos demasiado lejos! ¿Saben lo que pasó, amigos míos? ¡Hemos entrado en órbita!

Los demás se quedaron mirándolo sin aliento. Estaban demasiado asombrados para hablar.



—En este momento estamos girando alrededor de la Tierra a diecisiete mil kilómetros por hora —dijo el señor Wonka—. ¿Qué les parece?

—¡Me ahogo! —gritó la abuela Georgina—. ¡No puedo respirar!

—Claro que no puede. Aquí no hay aire —se acercó, como nadando por debajo del techo, a un botón que decía oxígeno. Lo apretó—. Ahora ya no tendrán problemas. Respiren.

—Es una sensación muy extraña —dijo Charlie, nadando en derredor—. Me siento como una burbuja.

—¡Es fantástico! —exclamó el abuelo Joe—. Me siento como si no pesara nada.

—Así es —dijo el señor Wonka—. Ninguno de nosotros pesa nada. Ni siquiera treinta gramos.

—¡Qué tontería! —dijo la abuela Georgina—. Yo peso setenta y dos kilos exactamente.

—Ahora no —le explicó el señor Wonka—. No pesa usted absolutamente nada.

Los tres ancianos, el abuelo George, la abuela Georgina y la abuela Josephine, intentaban desesperadamente volver a la cama, sin conseguirlo, ya que ésta flotaba en el aire. Ellos, por supuesto, también flotaban, y cada vez que lograban ponerse encima de la cama e intentaban acostarse, simplemente se elevaban flotando. Charlie y el abuelo Joe se morían de la risa.

—¿Dónde está el chiste? —preguntó enojada la abuela Josephine.

—Por fin conseguimos que salieran de la cama —se rio el abuelo Joe.

—¡Cállense y ayúdennos a volver! —ordenó la abuela Josephine.

—Olvídenlo —pidió el señor Wonka—. Nunca lo conseguirán. Confórmense con flotar.

—¡Este hombre está loco! —gritó la abuela Georgina—. ¡Tengan cuidado, o nos *lixivará* a todos!